

novela. La novela se cierra pero también se abre, porque hay la posibilidad de que la historia continúe. Eso me interesaba mucho, dar esa idea, porque si no me habría quedado una novela pesimista. Terrible hubiera sido, una novela como para suicidarse después de haberla escrito, a la vista de la capacidad y la impunidad del horror.

T.B.: El final significará también que la Historia no ha terminado, contradiciendo la famosa tesis de Francis Fukuyama del supuesto *End of History*.

M.V.M.: Sí, sí, la novela la escribí en un momento muy sensibilizado por la manipulación de Fukuyama, eso de convertirnos a todos en una foto fija para siempre. A uno le toca en la foto estar en el Chad y a otro le toca en la foto estar en Wall Street, y esa foto no se va a mover. Eso es lo que el escritor italiano Leonardo Sciascia calificaba de “el presente como inquisición”. Ese determinismo neoliberal, nos han colocado el presente como algo inapelable. El código es el presente, el pasado no interesa, porque ellos lo que quieren es una Historia sin culpables, y el futuro no, porque es utópico y significa replantar el presente.

Bibliografía

- Galster, Ingrid: “Entrevista con Manuel Vázquez Montalbán. A propósito de su novela Galíndez (1990)”. En: *Iberoamericana* 20, 3-4, (63/64), 1996, pp. 72-84.
- Colmeiro, José F.: “La verdad sobre el caso Galíndez o la re-escritura de la historia”. En: Juan Villegas (ed.): *Encuentros y desencuentros de culturas: siglos XIX y XX. Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Irvine-92. Vol. IV*. Irvine/CA.: University of California 1994, pp. 211-222.
- *Crónica del desencanto: la narrativa de Manuel Vázquez Montalbán*. Coral

Gables/FL.: North-South Center Press 1996, pp. 240-49).

Bodenmüller, Thomas: “Galíndez o las posibilidades de la novela histórica moderna”. En: *Hispanorama* 90, 2000, pp. 75-79; id.: “Memoria histórica’ in postmodernen Zeiten. Manuel Vázquez Montalbán Roman Galíndez. En: *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte* (en prensa).

Dios Unanue, Manuel de: *El caso Galíndez. Los vascos en los Servicios de Inteligencia de EEUU*. New York: Ed. Cupre 1982 (nueva edición: Tafalla/Navarra: Txalaparta 1999).

Thomas Bodenmüller se doctoró en Estudios Hispánicos y Literatura Comparada en la Universidad de Augsburg; sus campos de investigación son (entre otros) las relaciones literarias entre España y el resto de Europa, la literatura del Siglo de Oro, la novela contemporánea española y la novela policíaca. Última publicación: Literaturtransfer in der Frühen Neuzeit. Francisco López de Úbedas “La pícara Justina” und ihre italienische und englische Bearbeitung von Barezzo Barezzi und Captain John Stevens (2001). La entrevista se realizó el 20 de marzo 2001 en Munich. Quisiera agradecer a Eloisa Gopar Torres y Carlos Omeñaca por su ayuda en la transcripción.

Alberto Acosta

La triste aventura de la dolarización

Ecuador sorprendió al mundo en enero de 2000. Con la dolarización oficial plena de su economía fue el primer país de América Latina que sacrificó su moneda nacional e introdujo una moneda extranjera como de curso legal completo. Panamá era, hasta entonces, el único país en la región

que había asumido el dólar norteamericano, como resultado de una imposición externa a poco de su separación de Colombia en 1903. A inicios del tercer milenio, un año después que Ecuador, dos países centroamericanos –El Salvador y Guatemala, con diversos ritmos– se encaminan hacia la dolarización plena de sus economías.

En este contexto se profundiza la discusión sobre dolarizar o no las economías de América Latina. Y como van las cosas, en la mayoría de casos, “la decisión final sobre la dolarización plena no se impondrá ni se rechazará por los designios de la razón, sino que responderá a la dinámica derivada de la armazón de los intereses políticos hegemónicos y de la lógica del capital a escala internacional, respaldados por las cúpulas dominantes de los países latinoamericanos”, afirma el economista peruano Jürgen Schuldt. En otras palabras, la dolarización sería más el resultado de decisiones y angustias políticas antes que la consecuencia de reflexiones técnicas.

Desde esta perspectiva cabe analizar sus alcances y, por cierto, sus limitaciones. A la dolarización, en consecuencia, no hay cómo ubicarla únicamente en el campo económico, hay que estudiarla como una herramienta de uso múltiple en varios ámbitos, pues a más de ser presentada como una medida que augura un *shock* de confianza para superar la pérdida de credibilidad en la política monetaria nacional, ha sido empleada como tabla de salvación política para gobiernos en crisis, el caso de Ecuador. También se la concibe como un mecanismo capaz de provocar hasta una suerte de hipnosis colectiva para acelerar el ajuste estructural, por ejemplo podría servir como palanca para desenterrar los procesos de privatización, así como para apurar la flexibilización laboral; y, hasta se espera que ella actúe como ancla para enraizar el modelo neoliberal, cuya continuidad estaría en cierta medida garantizada indepen-

dientemente de quién gobierne, el sueño tecnocrático de despolitizar la economía.

A más de las lógicas internas en cada país, hay que comprender los intereses transnacionales, en particular norteamericanos, así como la estrategia que despliegan los organismos multilaterales. La dolarización, por lo demás, no puede ser estudiada exclusivamente en el vacío de la política económica, sino que debe incorporar reflexiones propias de economía política. Solo así se podrá discutir “una aventurada hipótesis” planteada por el mismo Schuldt, uno de los críticos más profundos de la dolarización, quien teme que “la dolarización plena de nuestras economías será un hecho en unos pocos años”.

La dolarización en el contexto de la globalización

La tendencia a la creciente integración global de los mercados de bienes y servicios, así como de los flujos financieros, impulsa la búsqueda de esquemas que permitan reducir los costos de transacción, las incertidumbres monetarias y los riesgos cambiarios existentes, alentando una mayor interrelación con la economía mundial. Esto conduce, de una u otra forma, a un cuestionamiento del sistema monetario internacional sustentado en la existencia de una moneda por cada país. Sus externalidades se reducirían a través de procesos de centralización monetaria, la dolarización sería uno de ellos, como lo es en Europa la constitución de una zona monetaria unificada alrededor de una nueva moneda: el euro. Por lo que el mundo, se dice con frecuencia, estaría en camino hacia la constitución de pocas zonas monetarias, en el cual los actuales casos de dolarización unilateral o asimétrica serían simplemente respuestas adelantadas dentro de una corriente indetenible.

Estas manifestaciones globalizantes, como es ampliamente conocido, se expresan en un constante choque de fuerzas centrípetas y centrífugas. Unas y otras, en una compleja relación dialéctica, reflejan las diversas lógicas dominantes y también aquellas estructuralmente marginadas. La globalización, como producto propio de la mundialización del sistema capitalista y como tal de vieja data, es ambivalente; por un lado homogeniza e integra, pero por otro diversifica y desintegra. Así, la apertura comercial convive con la construcción de espacios de integración regional, en los cuales se proponen esquemas de centralización monetaria. El caso más notable es la adopción del Euro como moneda de por lo menos doce países de la Unión Europea; la cual, a su vez, tendría en su mira incorporar al resto de países de Europa del este. Un grupo de países árabes, quizá influenciados por la experiencia europea, se encuentra también estudiando la posibilidad de construir una unidad monetaria propia. Y aún cuando no se puede comparar la dolarización unilateral con la constitución de una zona monetaria óptima, como sucede con el euro, hay que reconocer la influencia que tiene éste para alentar la renuncia de la moneda nacional en determinados países de América Latina.

Además, algunos países actuarían de esta manera por el miedo a quedarse marginados de los cambios internacionales, pues, al renunciar a sus políticas monetarias y cambiarias, aspiran a integrarse aceleradamente a una economía más grande y exitosa, siguiendo la ilusa expectativa de acelerar la globalización. La mezcla de estos factores, a los cuales se sumaría el efecto “demostración” a partir de los “éxitos” que se puedan registrar en esta aventura dolarizadora, podrían ampliar y acelerar las renunciaciones a la moneda nacional.

En el ámbito internacional, de cualquier manera, no se puede asumir como

que necesariamente se llegará un momento en el cual existan sólo unas pocas monedas. En el actual proceso globalizante o de triadización, a más de las monedas nacionales, que todavía suman varias decenas, se perfilan –todavía marginalmente– muchas más monedas de origen social o dineros alternativos, inspirados en la propuesta de Silvio Gesell. De suerte que a los procesos de centralización monetaria, sobre bases supranacionales, se contraponen dialécticamente esquemas descentralizados.

Lo que sí es cierto es que, en medio de estas tendencias globalizantes, se cuestiona el sistema cambiario internacional y por cierto a su guardián, el FMI, por ser factores que generan inestabilidad cambiaria y financiera; cuestionamiento que también se nutre de las exigencias provocadas por las transformaciones tecnológicas y por la configuración de una nueva división de trabajo a nivel mundial. Una de cuyas manifestaciones es la polarización entre los tipos de cambio rígido –caja de conversión o dolarización–, y los tipos de cambio de libre flotación basados en el seguimiento directo de un objetivo de inflación, mientras que los otros regímenes cambiarios de flexibilidad controlada –minidevaluaciones o bandas cambiarias– han perdido terreno. No obstante, aun cuando parecería que se impone el sacrificio de las políticas monetarias nacionales en los países latinoamericanos, sea por la vía de la dolarización espontánea o por la vía oficial, es prematuro anticipar cuál será el nuevo régimen cambiario y monetario dominante a nivel mundial como producto de los cambios en marcha.

La dolarización como señuelo para la integración (norte)americana

En el caso de los países latinoamericanos, en particular, habría que ubicar la

dolarización dentro de las tendencias integracionistas aceleradas desde la creación del Área de Libre Comercio (ALCA), durante la Primera Cumbre de las Américas en diciembre de 1994.

Con el ALCA, Washington quiere hacer realidad su viejo sueño de expansión económica y por cierto monetaria, incubado desde fines del siglo XIX. Recordemos que el 24 mayo de 1888 el gobierno norteamericano invitó a los países latinoamericanos y al entonces reino de Hawai para una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, “la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América”. El uso del oro y la plata, con relación fija, debía ser consultado con las otras naciones del globo, en lo que pudo haber sido un Congreso Monetario Universal, tal como describe José Martí el origen, evolución y fracaso de esta iniciativa.

Desde entonces ha corrido mucha agua por el Potomac. Varios han sido los intentos hegemónicos de Washington para consolidar esquemas de control del resto de las economías de América; estas intenciones de EE.UU. asoman con creciente fuerza en la actualidad cuando se consolida el proceso de integración de Europa, al tiempo que buscan obtener ventajas de la debilidad de las economías asiáticas.

Todavía con cierta cautela hacia afuera, EE.UU. alienta un proceso asimétrico de dolarización plena, pues, al parecer, en Washington habría el deseo de cristalizar una unión monetaria sin asumir costos y responsabilidades, lo cual hace de este intento algo único y no asimilable a la lógica de la unión monetaria en Europa. En esta línea actúa una propuesta de ley –International Monetary Stability Act, impulsada por el senador republicano

Connie Mack–, para resolver el problema del señoreaje de los países que dolarizan en forma unilateral, que pierden al renunciar a su potestad soberana de imprimir billetes; una posible participación en este señoreaje se daría, recién diez años después de suscrito un convenio, siempre que el país que dolariza en forma plena su economía no tenga posiciones hostiles frente a EE.UU. y cumpla con una serie de requisitos (una nueva forma de “certificación” de buena conducta como sucede con la lucha contra el narcotráfico, esta vez de tipo monetario). Algo importante, la pérdida del señoreaje no es definitivamente el único, ni el principal problema que afronta una economía que se dolariza unilateralmente.

Con la incorporación unilateral al ámbito monetario de EE.UU. se reducen las posibilidades para negociar una futura integración monetaria simétrica o consensuada (si es que ésta fuera una opción a seguir). El país que se dolariza unilateralmente archiva, sin obtener nada a cambio, parte importante de su soberanía económica, como es la política monetaria y cambiaria.

Si bien es cierto que las economías latinoamericanas dependen ya en gran medida del mercado norteamericano, con la dolarización, en realidad, se inclinarán mucho más hacia EE.UU. Así, una economía dolarizada estará mucho más vinculada a un ciclo económico diferente al nacional, sin muchas posibilidades para desarrollar políticas contracíclicas cuando sean necesarias, por el mismo hecho de haber renunciado a su política monetaria y cambiaria. Además, las economías regionales no avanzan al mismo ritmo de innovación y de incremento de la productividad sistémica que el de EE.UU. Un asunto preocupante, pues la economía de los países latinoamericanos difiere de la norteamericana no solo en su tamaño y peso

específico en el contexto mundial, sino sobre todo en su especialización y en la productividad global de sus factores.

Esta decisión hará mucho más vulnerables y dependientes de la Reserva Federal de EE.UU. (FED) a las economías que opten por esta vía, sin que tengan opción alguna para influir en sus decisiones. ¿Qué pasaría si los directivos de la FED sucumben a las tentaciones de una mayor emisión monetaria, tal como ha sucedido en otras ocasiones? Si la FED se equivoca, no habrá posibilidad alguna de exigirle alguna rendición de cuentas, menos todavía desde un país unilateralmente dolarizado. Por eso quizá es ambigua la posición de Washington frente a la dolarización. Por un lado comentan que no hay las premisas macroeconómicas básicas en algunos países, y por otro lado, impulsan al FMI para que ayude a la instrumentación de esta reforma monetaria; en el caso ecuatoriano a la duda inicial siguió un creciente respaldo, que ha estado presente en el caso salvadoreño desde el principio. Con esta aparente oposición o indiferencia, Washington –utilizando al FMI– trataría de no exacerbar el espíritu antinorteamericano, mientras mantiene intacto o aún acrecienta su poder de negociación si se llega a la dolarización con alguno de los países mayores: Brasil, México, Argentina, Chile.

Tal como se señaló anteriormente, si surte efecto alguna aventura dolarizadora, aunque sea solo en su fase inicial consumista, sacarán provecho de la misma y si fracasa, no tendrán porque asumir responsabilidad alguna.

Adicionalmente, cualquier variación en la política monetaria norteamericana impactará mucho más en una economía dolarizada que antes, sin que se pueda esperar alguna consideración para el país dolarizado. Una crisis mayor en EE.UU. tendría efectos mayores, sin que exista el derecho a una

mínima defensa que podría darse con una devaluación. Aunque cabe señalar que una crisis financiera internacional o la recesión en los propios EE.UU. podría ser un aliciente para que Washington apure los procesos de dolarización, buscando consolidar su mercado “americano”.

La respuesta de los organismos multilaterales es diversa, pero se ajusta en cierta medida a la lógica expuesta anteriormente para el gobierno de Washington, aun cuando estos organismos hacia fuera intentan aparecer como neutrales. En el FMI y en el Banco Mundial no había una posición oficial, pero llegado el caso impusieron la dolarización en Timor Oriental y, después de ciertas resistencias iniciales, apoyan al gobierno ecuatoriano para que con la dolarización acelere el ajuste estructural. En el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) las contradicciones (¿aparentes?) han sido mayores.

Al mismo tiempo la dolarización afecta la posición del país dolarizado frente a los otros bloques económicos, que configuran una triadización globalizante: EE.UU., Europa o Japón/China. Esta situación debe ser motivo de especial reflexión en países que no dependen fundamentalmente de la economía norteamericana y que tienen una significativa integración económica con Europa o Asia.

Ya lo dijimos, no se puede comparar la dolarización de Ecuador o El Salvador con el proceso de unidad monetario de Europa. Aquí, luego de un complejo y largo período de convergencia de sus políticas macroeconómicas a partir de diversos criterios de concordancia, sobre todo de tipo fiscal, garantizando en cierta medida la movilidad y flexibilidad de los factores de producción, se decidió crear y compartir una nueva moneda común: el euro. No se resignó el señoreaje. Es más, sin desconocer los riesgos que implica el proceso de centralización monetaria europeo, los

países del viejo continente están representados en el Banco Central Europeo, con lo cual, al ceder voluntaria y consensuadamente una parte de su soberanía nacional, ganaron (?) en términos de soberanía regional. Y esta decisión, en la mayoría de países europeos, fue adoptada democráticamente. Por el contrario, los países que se dolaricen oficial y unilateralmente no comparten nada, ni deciden nada.

Por otro lado, si un creciente número de países, sobre todo sin preparación alguna, se suma a este esquema de dolarización, aumentarán las presiones externas sobre la FED y, en la práctica, hasta podrían disminuir la actual confianza en el dólar, al tiempo que se limita la capacidad de maniobra de la política monetaria norteamericana. Este tema hay que considerarlo con seriedad, pues la economía estadounidense, la más grande y dinámica en la actualidad (en la cual se tiene fe ciega...), mantiene un elevado y crónico déficit en su Balanza de Cuenta Corriente, así como la mayor deuda externa del mundo, sobre un trillón de dólares (PIB: 7,5 trillones de dólares).

Para la integración latinoamericana, andina, caribeña o a nivel del Mercosur, la adopción unilateral y sumisa del dólar como moneda nacional significa un duro golpe. Debilita la posibilidad de una unión horizontal o regionalización, desde la cual podría procesarse una unidad monetaria común que permita mejores términos en una negociación internacional, hasta con los propios EE.UU.

La dolarización como palanca para consolidar el Washington Consensus (WC)

Para promocionar la dolarización se afirma que con ella se daría paso a un nuevo modelo económico. Se la presenta

como un cambio general del quehacer económico. Sin desconocer que ella es más que un simple cambio monetario, no hay como aceptar que con la dolarización se inaugura un nuevo modelo económico. Con la renuncia a la moneda nacional se quiere llegar a una fase superior del modelo vigente, inspirado en el WC. Con la dolarización no se cambia el rumbo, a lo sumo, se anuncia el capítulo final de la larga y tortuosa marcha neoliberal (caso ecuatoriano) o pretende ser un ancla para institucionalizar los cambios socioeconómicos también neoliberales introducidos luego de dolorosos enfrentamientos internos (casos salvadoreño y guatemalteco). Y lo que es notable (y a la vez preocupante), su aparición coincide cuando dicho modelo da claras señales de agotamiento.

En los países indicados, al tiempo que se introducen los cambios legales para imponer la dolarización y asegurar las transformaciones que le son indispensables, se trabaja afanosamente para doblegar la resistencia social, sea con medios autoritarios y aún represivos, o con políticas sociales clientelares.

Como saldo de estas aventuras dolarizadoras, EE.UU. amplían su influencia en su "patio trasero". La dolarización unilateral asoma como parte de una estrategia no explicitada por Washington, que se engarza con la creciente militarización de su política de relaciones exteriores en el marco del Plan Colombia. Una situación crítica si consideramos que las prioridades de dicha potencia no coinciden con las prioridades de América Latina; realidad que llevó a que John Maynard Keynes se opongiera a la aplicación de un programa de convertibilidad en Gran Bretaña a mediados de los años 20 en el siglo xx, puesto que, según él, era "un error creer que a largo plazo los estadounidenses vayan a administrar sus negocios de acuerdo a las conveniencias inglesas".

La trampa macroeconómica de la dolarización

La razón de ser de la dolarización, desde una perspectiva técnica, radica fundamentalmente en el ofrecimiento de la estabilidad macroeconómica, que se conseguiría al desaparecer la emisión monetaria. Expectativa enraizada en la visión del renombrado profesor neoliberal y Premio Nóbel de Economía Milton Friedman, quien asegura que “la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario”. Desde esta perspectiva, el Banco Central sería el causante de todos los problemas, pues su propia existencia es vista hasta como una “tragedia”. Eliminada esta debilidad estructural, provocada por la discrecionalidad de la política monetaria y cambiaria, la recuperación de la economía, a partir de su estabilización, estaría asegurada, dicen.

Con este ajuste monetarista se espera garantizar un manejo económico sano, o sea acorde con la racionalidad del WC, y que se reflejaría en la ansiada estabilidad de precios, el equilibrio fiscal, la reducción de las tasas de interés, la eliminación de la especulación y el establecimiento de un esquema económico que aliente el desarrollo.

Como se ha visto muchas veces en economías que entraron en esquemas cambiarios rígidos, lo que se produce es un proceso de apreciación relativa de bienes y servicios nacionales y no se asegura mecánicamente el equilibrio fiscal, ni la reducción sustantiva de las tasas de interés, como sucede en la Argentina. Este encarecimiento, como es obvio, provocará un impacto sobre el aparato productivo, en la medida que se producirá una indudable pérdida de competitividad y aumentarán las dislocaciones en la estructura económica afectada por el propio ajuste fondomonetarista.

La pérdida de competitividad relativa de las exportaciones resulta preocupante en un mundo imperfectamente competitivo, dominado todavía por tasas de cambio variables. De no existir la suficiente flexibilidad económica y social el resultado sería más desempleo, menor utilización de la capacidad instalada y aún una significativa quiebra de empresas. Así, las exportaciones se verían obligadas a mejorar su competitividad despidiendo personal o reduciendo los salarios, así como forzando a cualquier costo la renta de la naturaleza. La estrategia de acogerse a una moneda fuerte, como se ha visto en repetidas ocasiones, sobre todo en economías pequeñas, ha debilitado velozmente la competitividad del país que la adopta, una situación que será aún más compleja al asumir con el dólar una posición supuestamente irreversible.

Para economías pequeñas y productoras de bienes primarios la vigencia de un tipo de cambio extremadamente rígido se convierte en un asunto de mucho cuidado. En cualquier caso, un país dolarizado, sin el potencial de respuesta adecuado, podría sufrir traumáticas repercusiones frente a una devaluación de sus vecinos. Los productos del país que devalúa se abaratarían, con el consiguiente encarecimiento de los bienes del país dolarizado: ventaja para los consumidores del país dolarizado con capacidad de compra, pero grave deterioro de la competitividad de su aparato productivo nacional. La devaluación en Brasil en 1999 provocó un terremoto en la economía argentina, cuyos bienes se encarecieron de tal manera que hasta se llegó a importar carne brasileña... Y esto, a su vez, podría ocasionar, en consecuencia, mayores presiones recesivas con un consiguiente alejamiento de los capitales extranjeros, provocando aún el éxodo masivo de empresas, como ha sucedido en Argentina.

Como correlato de lo anterior, los dolarizadores esperan enfrentar el problema del desempleo con una mayor flexibilización laboral, opción que no necesariamente trae los frutos esperados. Panamá y Argentina demuestran que el problema del desempleo no ha sido resuelto, por lo contrario en el segundo caso el número de desempleados se ha estabilizado a un nivel alto, nunca antes registrado. Es más, aún en el caso de que aumente el número de empleos (muchos de los cuales serán de baja calidad), no hay como esperar un incremento del ingreso real de los trabajadores: en Panamá (país dolarizado desde hace un siglo y que nunca ha asumido el papel de modelo económico de América Latina), si bien el ingreso real es estable en términos de dólares, los salarios de los trabajadores no calificados, que son la mayoría de la población económicamente activa, se mantienen en niveles de subsistencia. De facto, la combinación de tipo de cambio irrevocable y neoliberalismo ahondará las tendencias concentradoras y excluyentes: basta ver lo que sucede en Argentina. Además, con los planteamientos flexibilizadores, no solo se dificultan acuerdos equitativos entre empleadores y trabajadores, sino que se ahondará aún más la conflictividad social.

En suma, sin negar la importancia que tiene la estabilidad cambiaria para alentar la inversión productiva nacional y extranjera, conviene considerar sus potencialidades y sus repercusiones, teniendo presente que la inversión no se mueve exclusivamente en función de las perspectivas devaluatorias. Además de la estabilidad de la moneda hay otras condiciones importantes como la rentabilidad de los respectivos negocios, la capacidad de pago del país y aún su crecimiento, sin olvidar las condiciones de tranquilidad social y de institucionalidad jurídica.

Una cosa sería adoptar un esquema cambiario rígido cuando las principales

monedas del mundo operan con un modelo de cambios fijo; otra completamente distinta es adoptarlo en un mundo en que las principales monedas fluctúan unas frente a otras.

La dolarización “a la ecuatoriana” –un modelo de cómo no hacer las cosas–, por último, es una decisión artificial y autoritaria que reduce la capacidad de maniobra de un país. Con ella se elimina la gestión cambiaria y monetaria en contradicción con lo que sería la fijación de este importante precio a través del mercado. Se renuncia al control monetario por parte de un Estado subdesarrollado para subordinarse al control de un Estado más grande. ¿Será que los dolarizadores no son tan liberales como dicen ser y que únicamente se refugian en el dólar para completar o arraigar las reformas estructurales inspiradas por el WC, cuando, apegados a la esencia de su ideología, más bien deberían apoyar un sistema de cambios flexible? Lo que se demuestra, entonces, es que el mercado no está en juego sino simplemente se está defendiendo la actividad privada, particularmente los intereses de los conglomerados transnacionales.

A despecho de la masiva propaganda en pro de la dolarización, con su aplicación, como parte del modelo neoliberal, de hecho, se produciría una claudicación oficial para impulsar un proyecto de desarrollo, al menos desde una perspectiva incluyente para la sociedad nacional en su conjunto. Y esto es grave, puesto que para gobernar en una economía globalizante, si es que realmente se desea una inserción colectiva de la sociedad en el contexto internacional, lo que menos se puede hacer es entrapar a un país con un tipo de cambio rígido. Es preocupante que se recomiende abandonar el uso de herramientas básicas de la política económica, como la monetaria y cambiaria, atando aisladamente la economía a un sistema

inflexible, que puede gestar problemas insospechados.

Es más, un país dolarizado, con toda la carga de recortes en su soberanía, prevalecientes hoy día, tendría menos capacidad de reacción y de gestión. Debilitaría aún más su capacidad para fortalecer y proteger el mercado interno, a la espera que los impulsos para su desarrollo provengan cada vez más de afuera. Y aunque pueda resultar paradójico, si se arrincona las políticas orientadas a favorecer el mercado interno, disminuirá también en forma ostensible el campo para el diseño y aplicación de una concepción estratégica que permita participar en forma activa en el mercado mundial. De hecho, el complejo proceso de reacomodo de la economía que provocará la dolarización ahondará las tendencias reprimarizadoras y las presiones desindustrializadoras en el aparato productivo, vigentes desde hace largo rato y que están procesando un régimen social de acumulación acorde con la nueva división internacional del trabajo, impuesta por los intereses transnacionales al compás de la batuta de Washington.

A fin de cuentas, los cambios requeridos para impulsar el desarrollo no surgirán espontáneamente con la introducción del dólar y tampoco con esquemas de apertura y liberalización a ultranza. La dolarización, lejos de ser un piloto automático o si se quiere una restricción estimulante, equivale a un nuevo bloqueo, a la amputación voluntaria e innecesaria de un dedo de la mano, con lo cual la tarea recaería en los otros cuatro, algunos de los cuales también sufren severas limitaciones... En una economía dolarizada el desafío será mayor, pues una alternativa de política económica deberá preparar también la salida de la trampa que implica esta extrema rigidez cambiaria, cuando las condiciones lo permitan. A viejos retos habrá que ofrecer remozadas respuestas,

que sean viables en tanto beneficien a las mayorías, con la participación activa de las propias mayorías y en esquemas de mayor integración regional a nivel horizontal. Es tiempo, pues, de proponer respuestas que tengan en su mira la superación del modelo neoliberal para al menos “civilizar la bestia: el ‘capitalismo’” en palabras de Günther Grass; respuestas que ofrezcan renovadas opciones de política macroeconómica y no la repetición simplona del desgaste instrumentario neoliberal. El asunto, visto desde una perspectiva integral del desarrollo, no se reduce, entonces, a una simple resolución del tema monetario y cambiario. Dolarizar o no dolarizar, no es la cuestión.

Alberto Acosta: Ecuatoriano. Economista, graduado en la Universidad de Colonia, Alemania. Profesor universitario. Consultor internacional y del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS-FES) en Ecuador. Asesor de organizaciones indígenas y sociales. E-mail: <alacosta@hoy.net y alacosta48@yahoo.com>.

Andreas Baumer

¿Señales de esperanza en Euskadi? El País Vasco después de las elecciones autonómicas: partidos políticos, sociedad civil y perspectivas de paz

En el País Vasco se está acostumbrado a que los hechos suelen ser peores que los temores más pesimistas. El caso de las elecciones autonómicas del 13 de mayo de